

expresamente esta conclusion: que en la resurreccion de la carne que ha de haber para siempre, la grandeza de los cuerpos tendrá aquella medida y tamaño que tenia la razon naturalmente impresa en el cuerpo de cada uno, para perfeccionar la juventud, ó la que tenia quando estaba ya perfecta, guardando tambien en la forma y disposicion de todos los miembros su conveniente proporcion y decoro. Y para que se conserve este decoro quando se quitare algun tanto á alguna grandeza indecente que hubiere en otra parte, y se esparciere ó repartiere por todo, para que ni aquello se pierda, y en todo se conserve la congruencia y conveniencia de las partes, no es absurdo creer que de allí se puede tambien añadir algun tanto á la estatura del cuerpo, pues se distribuye á todas partes, para que guarden en su decoro y hermosura aquello que si estuviera disformemente en una, sin duda que no estuviera decente. Y si porfiaren

todavía que resucitará cada uno en la misma estatura de cuerpo en que murió, no hay para que obstinadamente nos opongamos: con tal que no haya deformidad alguna, ninguna flaqueza, ninguna tardanza, pereza, floxedad ni corrupcion, y si hubiere otra cosa que desdiga, y no convenga á aquel Reyno, donde los hijos de la resurreccion y promision serán iguales á los ángeles de Dios, quando no en el cuerpo y en la edad, por lo menos en la felicidad y bienaventuranza.

CAPÍTULO XXI.

De la novedad del cuerpo espiritual, en que se mudará la carne de los Santos.

Tambien se les ha de restituir todo lo que se les hubiere perdido, así á los cuerpos vivos, como á los muertos, y juntamente con ello lo que se les quedó en las sepulturas, y mudando el cuerpo viejo animal en

un cuerpo nuevo espiritual; resucitarán vestidos de incorrupcion é inmortalidad. Y supuesto que por algun caso grave, ó por la crueldad de los enemigos, todo el cuerpo totalmente se hubiera resuelto en polvo, y esparciéndolo por el ayre ó por el agua, en ninguna parte en quanto fuere posible dexen rastro de él: con todo por ningun motivo le podrán sacar fuera de la jurisdiccion del Criador omnipotente, sino que en él no se perderá un solo cabello de su cabeza. Asi que, la carne espiritual estará sujeta al espíritu, siendo, aunque carne, no espíritu, así como el mismo espíritu carnal estuvo sujeto á la carne, siendo, aunque espíritu, no carne. Porque no segun la carne, sino segun el espíritu, eran carnales aquellos á quienes decia el Apóstol (a): "no he, no podido hablaros como á espirituales, sino, no como á carnales." En esta vida el

(a) S. Paul. 1. ep. ad Corinth. cap. 3.

hombre así se llama espiritual, que todavía es en el cuerpo carnal, y halla en sus miembros otra ley repugnante y contraria á la ley de su espíritu (a). Y será igualmente en el cuerpo espiritual quando la misma carne resucitare; de manera que se haga lo que dice la Escritura (b): "que se sembrará el cuerpo animal, y nacerá el cuerpo espiritual." Y qual y quan grande sea la gracia del cuerpo espiritual, porque aun no lo hemos visto por experiencia, rezelo no se tenga por temerario todo lo que de ella se dice. Con todo, porque no es razon omitir el gozo de nuestra esperanza, por lo que redundá en gloria de Dios, y de lo íntimo del corazon, ardiendo en amor santo, dixo el Real Profeta (c): "enamorado estoy, Señor, de la hermosura de vuestra casa": por los dones y gracias

(a) S. Paul. ep. ad. Roman. cap. 7.

(b) S. Paul. 1. ep. ad Corinth. cap. 15.

(c) Psalm. 25.

que distribuye en esta vida miserable á los buenos y á los malos, vamos conjeturando y rastreando con sus divinos auxilios, segun podemos, quan grande y apreciable sea aquel don y gracia, del qual no habiéndole aun experimentado, no podemos dignamentè hablar. Porque paso en silencio quando Dios hizo al hombre recto, dexo aquella vida feliz y bienaventurada que pasaron aquellos dos primeros casados en la amenidad, fecundidad y delicias del paraíso, siendo tan breve, que no pudo llegar á noticia de sus hijos: en esta que nosotros conocemos en que todavia vivimos (cuyas tentaciones, ó por mejor decir, en esta misma, que es toda tentacion, entretanto que en ella estamos, por mas que aprovechemos, no dexamos de padecer), ¿quién será bastante á explicar las señales y demostraciones que experimentamos de la bondad de Dios para con el linage humano?

CAPÍTULO XXII.

De las miserias y penalidades á que está sujeto el hombre por el mérito de la primera culpa, y como ninguno se escapa ni libra de ellos sino por la gracia de Christo.

Pues por lo respectivo al origen primero, que todo el linage de los mortales fue condenado, lo testifica esta misma vida si debe llamarse vida, la qual está llena de tantos y tan molestos trabajos; porque ¿qué otra cosa nos manifiesta la horrible profundidad de la ignorancia, de donde resulta todo el error que acoge y recoge á todos los hijos de Adan en tenebroso seno, de donde el hombre no puede salir y librarse sin penalidad, dolor y temor? ¿Qué otra cosa nos demuestra el mismo amor y deseo de tantos objetos vanos y perjudiciales, y los daños que de ellos dimanar, los cuidados mor-

daces, las turbaciones, tristezas, miedos, los desordenados contentos, las discordias, debates, guerras, asechanzas, enojos, enemistades, engaños, lisonjas, cautelas, robos, traiciones, soberbias, ambiciones, envidias, homicidios, parricidios, crueldades, fierezas, bellaquerias, disoluciones, travesuras, desvergüenzas, deshonestidades, fornicaciones, adulterios, incestos, y tantos estupro y torpezas contra el natural decoro de ambos sexos, que aun es accion reprehensible el referirlas, sacrilegios, heregias, blasfemias, perjuros, opresiones de inocentes, calumnias, engaños, prevaricaciones, falsos testimonios, injusticias, violencias, latrocinios, y todo lo que de semejantes males no me ocurre ahora á la memoria; y sin embargo no faltan en esta vida de los hombres? Y aunque estas maldades son propias y características de los hombres malos, no obstante proceden de aquella raiz del error, y del perverso amor y deseo

con que nacen todos los hijos de Adan. ¿Y quién hay que no sepa con quanta ignorancia de la verdad, la que en los niños se advierte, y con quanta redundancia de vana codicia, la qual en los muchachos comienza ya á pulular y descubrirse, entra el hombre en esta vida, de manera que si le dexan vivir como quiere ³⁵, y hacer todo lo que se ofrece á su capricho, viene á caer en estos vicios y excesos, en todos ó en muchos de los que he insinuado, y en otros que no he podido exponer? Pero como la providencia divina no desampara del todo á los condenados, y Dios no detiene en su ira sus misericordias (a), (en los mismos sentidos de los hombres estan velando la prohibicion, la crianza y doctrina contra estas tinieblas en que nacemos, y estan opuestas contra sus ímpetus y asaltos, aunque tambien no dexan de estar llenas

(a) Psalm. 76. v. 10.

de trabajos y dolores. Porque ¿de qué sirven tantos cocos y miedos fantásticos de tan raras especies que se aplican para refrenar las vanidades y afectos de los muchachos? ¿de qué los ayos, los maestros, las palmetas, las correas, las varillas? ¿de qué aquella disciplina, con que dice la sagrada Escritura (a) que se deben sacudir los costados del hijo querido, porque no se haga indómito, y estando duro, agreste é inflexible, con dificultad pueda ser domado, ó quizá tampoco pueda? ¿Qué se pretende con todos estos rigores sino conquistar y destruir la ignorancia, refrenar los malos deseos y apetitos, que son los males con que nacimos al mundo? Porque ¿qué quiere decir que con el trabajo nos acordamos, y sin el trabajo olvidamos, con trabajo aprendemos, y sin trabajo ignoramos, con trabajo somos diligentes, y sin trabajo flojos? ¿Aca-

(b) Eccles. cap. 30. v. 12. (N)

so no se echa de ver por aquí qué es aquello donde como con su propia gravedad se inclina la naturaleza viciosa y corrupta, y de cuántos auxilios tiene necesidad para librarse de ello? El ocio, floxedad, pereza, indolencia y negligencia vicios son en efecto, con que se huyó del trabajo laborioso, siendo este mismo, aun el que es útil, penoso. Pero fuera de las molestias y penas que padecen los muchachos, sin las cuales no se puede aprender lo que los mayores que quieren, apenas quieren cosa útil. ¿Quién bastará á declarar con palabras, y quién podrá comprender con el pensamiento quantas y quan graves son las penas que exercitan y acosan al hombre, las que no pertenecen á la malicia y perversidad de los malos, sino á la condicion y miseria comun de todos? ¿Quán grande es el miedo, quan grande la calamidad que proviene de las orfandades y duelos, de los daños y condenaciones, de los engaños, em-

bustes y mentiras de los hombres, de las falsas sospechas, de todas las violencias, crímenes y fuerzas ajenas, pues de ellas muchas veces proceden los perdimientos de bienes, los cautiverios, las prisiones, las cárceles, los destierros, los tormentos, las laceraciones de miembros, y privación de los sentidos hasta la opresión del cuerpo, para saciar el torpe apetito del opresor, y otras muchas operaciones horribles? ¿Qué diré de infinitos casos y accidentes que se temen no sucedan exteriormente al cuerpo de frios, calores, tempestades, lluvias, avenidas, relámpagos, truenos, granizo, rayos, terremotos, aberturas de tierras, opresiones de ruinas, de los tropiezos, espantos, ó tambien de la malicia de las caballerías, de tantos tósigos y venenos de plantas, aguas, ayres, bestias y fieras, de las mordeduras, ó solo molestas, ó tambien mortíferas, de la hidrofobia que dimana de la mordedura del perro rabioso, de manera

que á veces de una bestia que es apacible y leal á su dueño, nos guardamos con mas rigor que de los leones y dragones, porque el hombre que acierta á morder, lo hace con el pestilencial contagio rabioso, de suerte que viene á ser temido por sus padres, esposa é hijos mas que qualquiera bestia? ¿Qué de infortunios padecen los navegantes? ¿Y cuáles los que caminan por tierra? ¿Quién hay que camine como quiera, que no esté sujeto á mil desastres impensados? Volviendo el otro de la plaza á su casa ³⁶ cayó en tierra, teniendo sanos los pies, se quebró un pie, y de aquella herida perdió la vida. El Sacerdote Helí ³⁷ cayó de la silla en que estaba sentado, y murió. Los labradores, ó por mejor decir generalmente todos los hombres, ¿de cuántos fracasos y accidentes se temen que sucedan á los sembrados y frutos del campo, ocasionados de las malignas influencias del cielo, de la tierra, de los animales y sa-

bandijas perniciosas? Y aunque estén ya asegurados de la cosecha del grano que tienen recogido y encerrado en las troxes; sin embargo á algunos, como lo hemos visto, una repentina creciente y avenida de un rio, huyendo los hombres de su furia, les ha sucedido sacar y llevar de sus graneros un grande esquilmo y porcion de trigo. Contra la diversidad tan singular de la guerra que nos hacen los demonios, ¿quién puede estar confiado en su inocencia, y para que ninguno lo esté, algunas ocasiones de tal manera trabajan y fatigan á los niños bautizados, que á lo menos no se encuentra objeto mas inocente que ellos, que en ellos por permission de Dios particularmente se echa de ver la miserable calamidad de esta vida, y lo que debe desearse la felicidad de la futura? En el mismo cuerpo humano hay tantas molestias nacidas de enfermedades, que aun no se conocen ni estan escritas, ni comprehendidas todas en los

libros de los Médicos. Y en los mas de ellos, los mas selectos específicos, auxilios y medicamentos que se hallan, son tormentos inventados para libertar al hombre del riesgo de los dolores con penosa medicina. ¿Acaso no ha traído el insufrible ardor de la sed á los hombres á que beban los orines de otros hombres, y aun los suyos propios? ¿Acaso la hambre no ha reducido á los hombres á que no hayan podido abstenerse de las carnes de los hombres, y que se hayan comido, no á hombres que los hallaron muertos, sino habiéndolos ellos mismos muerto con este intento por su propia mano, no á qualesquiera extraños, sino con inhumanidad increíble, que causaba la hambre rabiosa que se experimentaba, las madres á sus hijos? Y finalmente el mismo sueño que propiamente tomó el nombre de reposo y quietud, ¿quién será bastante á declarar quan inquieto y desasosegado está muchas veces con los objetos que se re-

presentan en sueños ³⁸, y con quan terribles miedos y espantos, aunque de cosas falsas, las quales así las ofrece, y en cierto modo las representa tan abvivo, que no las podemos distinguir de las verdaderas, perturba é inquieta el miserable espíritu y los sentidos con cuya ilusion y falsedad de visiones mas maravillosamente son fatigados y acosados, aun velando, ciertos enfermos y hechizados. Aunque los malignos demonios á veces engañan tambien á los hombres sanos con la innumerable variedad de sus embelecos, que quando con tales visiones no los muden y reduzcan á su parcialidad, con todo los engañan y alucinan los sentidos, solo por el deseo que tienen de persuadirles como quiera la falsedad. Y del infierno de esta vida miserable ninguno nos puede librar sino la gracia del Salvador, Christo, Dios y Señor nuestro; porque esto significa el nombre del mismo Jesus, que quiere decir Salvador, especial-

mente para que despues de esta vida no vamos á la miserable y eterna, no vida, sino muerte: pues en esta aunque tengamos grandes consuelos de medicinas y remedios por medio de cosas santas y de los Santos, con todo no siempre se conceden estos beneficios á los que los suplican, porque no se pretenda y busque por causa de ellos la religion, la qual se debe buscar mas para la otra vida, donde no habrá género de mal. Y para este efecto particularmente á los mas escogidos y mejores ayuda la gracia en estos males, para que los toleren y sufran con corazon tanto mas valeroso y fuerte, quanto mas fiel, para lo qual los sabios de este siglo dicen tambien que aprovecha la Filosofia, y la verdadera, como dice Tulio ³⁹, los Dioses la concedieron á muy pocos. Ni á los hombres ⁴⁰, añade, diéron ó pudieron dar don ó dádiva mayor, en tanto grado, que aun los mismos contra quienes disputamos como quiera son

impelidos á confesar que es necesaria la divina gracia para conseguir, no qualquiera Filosofia, sino la verdadera. Y si á pocos ha concedido Dios el único socorro de la verdadera Filosofia contra las miserias de esta vida, tambien de esta doctrina bastantemente se deduce y declara como el linage humano está condenado á pagar las penas de las miserias. Y así como no hay (como lo confiesan) don divino ninguno mayor que este, así se debe creer que no le da otro Dios, sino aquel á quien aun los mismos que adoran muchos Dioses confiesan que es el mayor de todos.

CAPÍTULO XXIII.

De las cosas, que fuera de los males y trabajos que son comunes á los buenos y á los malos, especialmente pertenecen al trabajo de los justos.

Y fuera de los males de esta vida mortal, comunes á los buenos y á los malos, tienen tambien en ella los justos sus ciertas molestias propias con que contrastan los vicios, y pasan su vida en las tentaciones y peligros de semejantes batallas; pues aunque á veces mas, y á veces menos, con todo nunca dexa la carne de desear contra el espíritu (a), y el espíritu contra la carne, para que no executemos lo que queremos, dando fin y consumiendo toda mala concupiscencia, sino para que no consintiendo con ella, la sujetemos quanto pudiéremos con el favor de

(a) S. Paul. ep. ad Galat. cap. 5.

Dios, viviendo en continua vela á efecto de que no nos engañe la opinion aparente y verosimil, para que no nos alucine la razon astuta, para que no nos cieguen las tinieblas de algun error, para que no creamos que lo que es bueno es malo, ó lo que es malo es bueno, para que el temor no nos aparte de lo que debemos practicar, para que no se ponga el sol (a), durándonos el rencor y enojo, para que los odios no nos conviden á volver mal por mal, para que no nos sofoque alguna singular y extraordinaria tristeza, para que la ingratitude no nos haga flojos y tardos en hacer bien, para que la conciencia sana no se turbe y congoje por las detracciones y murmuraciones, para que la sospecha temeraria que tuviéremos de otro no nos engañe, para que la falsa que otros tienen de nosotros no nos quebrante y desmaye, para que

(a) S. Paul. ep. ad Ephess. cap. 4. v. 25.

„no reyné pecado en nuestro cuerpo
 „mortal, para condescender á sus deseos (a),” “para que nuestros miembros no sirvan al pecado de armas é instrumentos para hacer mal (b),” para que el ojo no vaya tras lo que desea el apetito, para que no nos rinda el deseo de venganza, para que no se detenga la vista ó el pensamiento en lo que nos deleyta con daño, para que no oigamos gustosamente palabras malas ó indecentes, para que dexemos de hacer lo que no es lícito aunque nos convide el sentido del gusto, para que en esta guerra tan cercada de trabajos y peligros no confiemos en nuestras fuerzas la victoria que estuviere por alcanzar, ó la ya conseguida la atribuyamos á nuestras fuerzas, sino á la gracia de aquel de quien dice el Apóstol: “gracias á Dios que nos

(a) S. Paul. ep. ad Rom. c. 6. v. 12.

(b) Id. Ap. loc. cit. v. 13.

„ da la victoria por nuestro Señor Jesu-
 „ Christo (a), ” el qual asimismo dice
 en otro lugar : “ de todos estos riesgos
 „ salimos vencedores con grandes venta-
 „ jas por aquel que tanto nos amó (b): ”
 con todo debemos tener por cierto , que
 con qualquiera virtud ó destreza que pe-
 leemos , resistamos á los vicios , y aun
 los venzamos y sojuzguemos , interin que
 estuviéremos en este cuerpo , no nos pue-
 de faltar motivo para decir á Dios (c):
 “ perdónanos nuestras deudas. ” Pero én
 aquel reyno donde estaremos siempre con
 los cuerpos inmortales , ni tendremos
 guerras que ganar , ni deudas que pagar,
 las cuales jamás las hubiera si nuestra
 naturaleza perseverara y se conservara
 en la rectitud que Dios la crió. Y por
 eso esta nuestra batalla donde corremos

(a) S. Paul. 2. ep. ad Corinth. cap. 15.

(b) Id. Ap. ep. ad Roman. cap. 8.

(c) S. Matth. cap. 6.

riesgo y peligro , y de que deseamos sa-
 lir libres con una última y final victoria,
 pertenece tambien á los males y trabajos
 de esta vida , la qual hemos probado bien
 claro haber sido condenada por testimo-
 nio de tantos y tan grandes males y trabajos.

CAPÍTULO XXIV.

*De los bienes de que el Criador llenó tambien
 esta vida sujeta á la condenacion.*

Pero consideremos ya al presente esta
 misma miseria del linage humano , la qual
 redundá en alabanza de la justicia del Se-
 ñor, que la castiga de quan grandes y quan
 innumerables bienes la llenó la bondad
 de aquel mismo que gobierna con su pru-
 dencia divina todo lo que crió. Lo pri-
 mero , aquella bendicion que le echó an-
 tes de pecar , diciendo (a) : “ creced , mul-
 „ tiplicad , y llenad la tierra : ” no la qui-

(a) Genes. cap. 1.